

Entre Salonières: El Salón de Madame Necker (1737-1794) según la duquesa de Abrantes (1784-1838)

Gloria Franco Rubio*
Universidad Complutense de Madrid

“On profite plus en s’entretenant avec un homme d’esprit qu’en lisant ses ouvrages; car il ne se rapelle que les idées majeures dont’il est occupée et il néglige nécessairement les développements et les idées moins propres à faire impresión” (Mme. Necker)¹

Introducción

En la actualidad contamos con una abundante bibliografía sobre el papel tan significativo que jugaron ciertas mujeres en la cultura de la conversación desarrollada en los salones dieciochescos y decimonónicos. Independientemente de su procedencia social, la mayoría de ellas supieron moverse con tal habilidad en los cenáculos del poder hasta llegar a formar parte de ellos; casi todas practicaron las formas de sociabilidad mundana e ilustrada donde el mérito personal y la opinión propia estaba por encima de la adscripción estamental; muchas dejaron por escrito sus impresiones, ya fuera a través de su correspondencia personal o en forma de memoria, de diario o utilizando alguno de los géneros literarios al uso. Algunas pertenecían a los grandes linajes de la nobleza y de la aristocracia por su nacimiento, otras llegaron a pertenecer a ese mundo por matrimonio y otras, finalmente, se ganaron un hueco por sí mismas gracias a su atractivo personal, a su brillante inteligencia y a su fascinante personalidad. El presente trabajo supone un acercamiento al mundo de los salones femeninos y a la cultura de la conversación que alcanzó un gran desarrollo en la sociedad parisina del siglo XVIII a

* ORCID 0000-0001-7201-6798

¹Jacques Necker (ed.), *Mélanges extraits des Manuscrits de Mme. Necker*. París, C. Pougens, 1798. Volumen II, p. 63.

través de sus propias protagonistas, y de sus testimonios personales. Mujeres denominadas *salonières* que, como anfitrionas de los salones conversaron, opinaron, discutieron, intermediaron, influyeron y brillaron con luz propia, captando la atención de los hombres de letras, de los filósofos, de los científicos y de los políticos hasta reunir a su alrededor a la intelectualidad de la época, haciendo de la *mondanité* un estilo de vida².

La elección de Madame Necker y la Duquesa de Abrantes responde al paralelismo que se observa en sus vidas transitando por la sociedad mundana en la que llegaron a ser verdaderas expertas, aunque lo hicieran en dos contextos sociales y políticos muy diferentes; la primera cuando la cultura del salón había llegado a su cenit y la segunda cuando los salones intentaban recuperar el resplandor perdido, incluso con cierta nostalgia, como podemos deducir de sus palabras:

“Nous sommes toutefois les derniers dépositaires de cette tradition (salon) conservée au milieu de tant d’orages, et léguée par nos mères plutôt comme un souvenir de leur causerie, que comme des faits historiques oralement conservés”³

A Suzanne Necker le tocó vivir en las postrimerías del reinado de Luis XVI y el estallido revolucionario con todas sus consecuencias, mientras la Duquesa de Abrantes nace en los inicios de la Revolución, siendo testigo de todos los avatares políticos por los que pasaría Francia, desde el Directorio y el Imperio hasta la Restauración borbónica, incluyendo la revolución de 1830. Ambas gozaron de una posición privilegiada, por su proximidad al poder, una cerca de la Monarquía, la otra de Napoleón. Las dos tomaron la pluma para escribir; Suzanne lo hizo para sí misma, aunque de forma póstuma su marido publicó varios volúmenes conteniendo parte de sus notas y escritos⁴; Laure, por el contrario, como herramienta de supervivencia, haciendo de ello su profesión. En ambos casos se labraron un elevado prestigio gracias a su carácter y personalidad y,

² Paul Constant, *Un monde à l’usage des demoiselles*. París. Gallimard, 1987. Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*. Madrid. Ediciones Siruela, 2003. Claude Dulong, “De la conversación a la creación”, en Georges Duby y Michelle Perrot (dir.), *Historia de las Mujeres. 3. Del Renacimiento a la Edad Moderna*. Madrid. Taurus, 1992. Gloria Franco Rubio, “El salón parcialmente iluminado. Prejuicios, contradicciones y tópicos sobre las mujeres en los espacios de sociabilidad de la España ilustrada”, en María Inés Carzolio, Rosa Isabel Fernández Prieto y Cecilia Lagunas, *El Antiguo Régimen. Una mirada de dos mundos: España y América*. Buenos Aires. Prometeo Libros, 2010, pp. 151-174. Antoine Lilti, *Le monde des salons. Sociabilité et mondanité à Paris au XVIII^e siècle*. París. Fayard, 2005. Verena von Heyden-Rynch, *Los salones europeos. Las cimas de una cultura femenina desaparecida*. Barcelona. Península, 1998.

³ Laure Junot, Duchesse d’Abrantes, *Une soirée chez Mme Geoffrin*. Bruxelles, Hauman, 1837, pp. 3-4.

⁴ *Mélanges extraits des Manuscrits de Mme. Necker*. París, C. Pougens, 1798, 3 volúmenes y *Nouveaux mélanges extraits des manuscrits de Mme. Necker*. París, C. Pogens, 1801, 2 volúmenes

aunque procedían del estamento llano, llegaron a situarse en lo más alto de la sociedad gracias a las relaciones que supieron establecer con personajes influyentes y poderosos. La primera murió en el exilio y la segunda, a pesar de su renombre como escritora, lo hizo en la pobreza.

Mme. Necker (1737-1794), nacida Suzanne Curchod en una pequeña aldea suiza cercana a Lausanne, era hija de un pastor calvinista que, a pesar de no contar con una posición económica desahogada, supo proporcionarle una elevada formación intelectual que le permitió ganarse la vida como institutriz, tras la muerte de sus padres, y entablar relación con personas de otros círculos sociales por encima del suyo. Años después ese bagaje cultural, ampliado de forma autodidacta, le posibilitaría acceder a otras áreas de conocimiento para poder mantener una conversación a la altura de sus contertulios en cualquier tipo de materias, siendo ya la esposa del ministro francés, Jacques Necker (1732-1804) con el que se había casado en 1764. Sus profundas convicciones calvinistas la mantuvieron firme en una religiosidad siempre presente en todos sus actos, que le llevó a interesarse por las condiciones de vida de la gente más desfavorecida, fundando con su propio dinero un Hospital para pobres. Su situación en medio de dos grandes figuras como su marido, el banquero y todopoderoso Ministro de Finanzas de Luis XVI, y su hija la brillante escritora Germaine de Staël, ha restado valor a su persona al haber sido comparada con ellos; sin embargo, todo parece indicar que tenía una gran personalidad y una enorme ascendencia sobre su marido y sobre sus medidas políticas, acerca de las cuales solía hacer una serie de consideraciones siempre que era interpelada al efecto. De hecho, según algunos historiadores ella fue la verdadera artífice de la carrera de su marido, que habría impulsado a través de los contactos mantenidos en su salón, aunque otros restan importancia a su contribución, alegando que ella actuó de pantalla mientras él movía los hilos desde la sombra. Con su hija, por el contrario, las relaciones no fueron fáciles debido al carácter tan distinto de ambas -una tan discreta y contenida como espontánea y extrovertida la otra- y por las diferencias ideológicas que las distanciaban. A pesar de haberse encargado personalmente de su formación en todos los terrenos, incluido el religioso, de haberla educado en las prácticas de sociabilidad tal como ella las entendía, nunca comprendió ni secundó la desenvoltura con que aquélla se movía en el mundo y se relacionaba con los demás⁵.

Por el contrario, la Duquesa de Abrantes Laure Permon (1784-1838) se había formado en un ambiente mucho más distendido a todos los niveles. Había nacido en Montpellier en 1784 en el seno de una familia de origen corso con estrechos vínculos de

⁵ Sonja Boon, *The life of madame Necker: Sin, Redemption and the Parisian Salon*. London. Routledge, 2011. Jean Daniel Bredin, *Une singulière famille. Necker, Suzanne Necker et Germaine de Staël*. Paris. Fayard, 1999. André Corbaz, *Madame Necker: Humble vaudoise et grande dame*. Lausanne. Payot, 1945.

amistad con los Bonaparte; su padre, dedicado a las actividades mercantiles, se convirtió en abastecedor del ejército, lo que le permitió acumular una enorme fortuna. Su muerte, cuando ella tenía dieciséis años, impulsó a su madre a trasladarse a París donde la apertura de un salón en la residencia familiar al que asistían relevantes personalidades, le dio ocasión de conocer a los amigos y colaboradores de Napoleón. Entre ellos se encontraba Junot, a la sazón Gobernador de París y amigo personal de Napoleón con el que había compartido campañas militares quien respalda su matrimonio otorgándole una dote de cien mil francos. Los distintos destinos militares y diplomáticos de su marido le permitió disfrutar de ciertos honores y le brindó la oportunidad de recorrer tanto los territorios italianos como la península ibérica; precisamente en el año 1807 la ocupación de la ciudad portuguesa de Abrantes por un cuerpo de ejército comandado por Junot, le hizo merecer el título de Duque por la estrategia militar llevada a cabo bajo su dirección, lo que le convirtió en duquesa abriéndole puertas que, hasta entonces, no había considerado posible de traspasar. Viajar a otros países y conocer otras culturas fueron importantes experiencias que fue acumulando y con las que pudo ir conformando su personalidad hasta verterlas por escrito en sus *Memorias*. En 1811 volvió definitivamente a Francia, instalándose en París, donde la muerte de su marido, sobrevenida dos años después, la deja viuda con tan solo treinta años y cargada de deudas. Con escasos recursos, decide dedicarse a la literatura con la ayuda de Balzac, lo que le permitió mantenerse en el ambiente parisino donde su salón seguía siendo concurrido por gente notable; en 1815 se instala en Roma desde donde comienza a apoyar la restauración borbónica. De vuelta en París su dedicación literaria le permite apenas sobrevivir, muriendo en 1838 casi en la miseria⁶.

Además de tratarse de dos activas *salonières* tienen en común haber elegido la escritura como medio de comunicación de sus ideas y de sus sentimientos. Así lo hizo Suzanne Necker mediante una intensa correspondencia con Grimm, Buffon, Thomas, Marmontel y otros conspicuos intelectuales. Su *Memoire sur l'Etablissement des hospices* (1776) es un ensayo donde la autora, además de su preocupación por la asistencia social y mostrar una gran sensibilidad hacia los necesitados, especialmente cuando caían enfermos, presenta un plan para la creación de un hospicio de pobres que, con una buena y constante financiación, con un personal capacitado a su servicio, y con la adopción de medidas higiénicas y sanitarias, pudiera remediar la situación de los más desfavorecidos. Su insistencia y su dinero permitieron la creación del Hospital de la Caridad, que comienza su andadura dos años después con ciento veinte pacientes, bajo

⁶ Virginie Ancelot, *les salons de Paris, foyers éteints*. París, Editions Jules Tardieu. 1858. Jean Autin, *La Duchesse d'Abrantes*. París, Perrin, 1991. Jules Bertaut, *La Duchesse d'Abrantes*. Nicole Toussaint, *Laure Junot, duchesse d'Abrantes*. París, Fanval, 1985. Joseph Turquan, *La generale Junot, duchesse d'Abrantes (1784-1838)*. París s.a.

su dirección y con la ayuda de las Hermanas de la Caridad⁷. Sus *Reflexions sur le divorce* (1794) son un alegato en contra de la ley promulgada por la Revolución en 1792 que reconocía el divorcio en un sentido amplio y que, en años posteriores, iría siendo recortada mediante sucesivas reformas cada vez más restrictivas. Su posición hay que situarla en la polémica social que venía enfrentando a la sociedad francesa entre partidarios y detractores desde los años setenta. Las *Mélanges extraits des manuscrits* y la *Nouvelles mélanges* (1798-1801) recoge un conjunto de anotaciones, cartas y demás escritos acumulados durante parte de su vida, recopiladas y publicadas tras su muerte, como se ha dicho.

La Duquesa de Abrantes, por su parte, fue mucho más prolífica. Escribió sus *Memoires* (1831-1834), en dieciocho volúmenes; *Les femmes célèbres de tous les pays* (1833); las *Scènes de la vie espagnole* (1836); los *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et en Portugal* (1837) y, en 1838, una época en que la sociedad francesa transitaba por unos caminos muy poco parecidos a los tiempos sobre los cuales la autora centraba su atención, publicaba en tres volúmenes una *Histoire des salons de Paris*⁸. En ella se remonta a lo que ella considera el nacimiento de la *société* en Francia, que data en la época de Richelieu, dando relevancia a los primeros círculos femeninos que afloraron en París alrededor de influyentes mujeres que acumularon poder y desplegaron una gran influencia a través de los salones que habían establecido en sus residencias privadas, concitando una gran expectación entre las personalidades más conspicuas de la época, tanto del mundo de las letras como de la política. Tras considerar el periodo de la Regencia como menos esplendoroso en este sentido, vuelve a hacer hincapié en el desarrollo de la cultura del salón que se daría en la segunda mitad del siglo XVIII, durante los reinados de Luis XV y Luis XVI, una época en que -según la autora- la juventud estaba instruida, penetrada de las máximas filosóficas y preocupada por los asuntos públicos. Un momento en que la poesía y otros géneros literarios habían cedido el paso a la filosofía y a la ciencia, de manera que lo que ella llama el *beau monde* descansaba, en su opinión, en los tres vértices que formaban la *República de las letras*, la nobleza y la riqueza. En esa atmósfera mundana los contertulios se trataban y convivían en una estancia amueblada con un lujo asiático después de degustar una exquisita cena; un ambiente amenizado por la incorporación de otras mujeres tan influyentes como las de la centuria anterior.

No era casual, ya que la escritora conocía perfectamente la cultura del salón y el fenómeno social que había supuesto: había sido testigo ocular mediante su constante presencia en los más importantes salones de la época post revolucionaria, y había

⁷ Madline Favre, *Suzanne Necker et son Hospice de Charité*. Genève. Skakine, 2018.

⁸ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons de Paris*. París. Imprimerie de Casimir, 1837. Volumen I.

podido mantener conversaciones con algunas de las *salonières* que aún vivían. Estas experiencias le permitieron ser una voz autorizada para llevar a cabo toda una serie de reflexiones y de agudos comentarios sobre lo que había significado dicha cultura en la sociedad francesa de la segunda mitad del siglo ilustrado, haciendo especial hincapié en aquellos cuyas anfitrionas habían sido sobresalientes mujeres⁹, algunas de las cuales habían terminado con su cabeza segada por la guillotina -como le había sucedido a Madame Roland (1754-1793). Era, pues, una activa *salonière* que ponía su atención y exaltaba a otras *salonières* como ella.

En su análisis la duquesa de Abrantes resalta la influencia creciente de estos círculos en la sociedad francesa gracias a su versatilidad que resume en las siguientes características: 1. Fueron el espacio donde se hacía la auténtica literatura, donde el riesgo intelectual se veía sometido a prueba y se innovaba constantemente, algo imposible de plantear en los centros académicos por el anquilosamiento en que estaban inmersos. 2. Eran también el escenario donde se exponían las ideas más avanzadas en materia política, donde se debatieron todos aquellos asuntos que afectaban al país, donde se contrastaban y dirimían las opiniones sobre los asuntos objeto de polémica social, y donde se iría adquiriendo una cierta politización que, de un modo u otro, pudo trascender a la opinión pública. En este sentido, afirma que los intelectuales combatían de forma memorable y que los temas de discusión que se planteaban en los salones se trasladaban directamente a la Asamblea Constituyente. Pero, a diferencia de algunos individuos que achacaban los furores revolucionarios a los ideólogos ilustrados ella disiente de esa opinión afirmando “je crois donc avec que la philosophie a amené la Revolution, mais je nie qu'elle ait fait ses malheurs”¹⁰. 3. Actuaron como verdaderas escuelas de aprendizaje de todo tipo de materias, especialmente para las mujeres quienes, poco familiarizadas con cuestiones que al principio no les resultaban fáciles de entender, como las ciencias, pronto las pudieron ir aprendiendo y comprendiendo hasta llegar a formarse una opinión propia. Al respecto cita como ejemplo los salones de Mme. Necker y de Mme. Rolland (1754-1793), ambas *salonières* muy reconocidas, la primera por defender ideas religiosas y la segunda por sus pensamientos liberales. 4. En el plano ideológico los salones se fueron decantando en dos bloques, los que seguían aferrados a las costumbres tradicionales y los partidarios de las prácticas de sociabilidad que se

⁹ En el tomo dedicado a los salones que florecieron bajo los reinados de Luis XV y Luis XVI describe el de Mme Necker, el de la Duquesa de Polignac (1749-1793), el de la Duquesa de Mazarino (1759-1826) junto al del Arzobispo de París Monseñor Beaumont y el abate Morellet. Aunque no de forma individualizada Jacques Necker está muy presente en la obra de la autora, al que juzga con bastante empatía, simpatizando con sus reformas y elogiando que fuera un apasionado de la gente que no poseía nada y que la defendiera de los grandes propietarios.

¹⁰ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons...* p. 13.

habían puesto de moda en Francia por entonces basadas en la conversación y la discusión. 5. Manteniendo una línea de continuidad con las *Previosas* también operaron como escuelas de buenos modales, poniendo de ejemplo la opinión personal que Mme. Necker había expresado sobre la conducta que debía ser mantenida durante la ceremonia de recepción:

“Cuando se hace o se recibe una visita, hay que sentarse con gracia, tener un gesto sereno, una mirada interesada y atenta, decir palabras delicadas y corteses, no hacer nunca uso de expresiones demasiado fuertes, no tratar de dar a conocer la relación que uno tiene con las personas importantes de las que se habla, no excederse en querer ocupar o animar la conversación, tolerar alguna pausa, esperar a que la palabra llegue sola y no correr tras ella”¹¹.

El salón de Suzanne Necker según la Duquesa de Abrantes

Dos días a la semana la residencia de los Necker abría a sus invitados una estancia amplia y bien iluminada, con ventanas que daban a un jardín, donde estaba la anfitriona, una mujer todavía bastante joven, grande, esbelta, y con una palidez que revelaba un estado de sufrimiento habitual¹². Así comienza el capítulo correspondiente a su salón, a donde solían acudir el Conde de Buffon, el Conde de Creutz, Marmontel, Chenier, Grimm. Damdume, Lord Stormont, el abate Raynal y Chabanon; entre las mujeres se hallaban las Princesas de Mónaco, de Poix y de Beauvau, las duquesas de Lauzun, de Grammont y de Choiseul; las condesas de Châlons, de Blot y de Tessé; la Marquesa de Sillery y Madame de Genlis, otra célebre escritora y *salonnière*. Los lunes la velada tenía un carácter más íntimo mientras que los viernes el grupo solía ser más amplio, acogiendo a un mayor número de personas. Su ornamentación y la disposición de los contertulios seguramente sería similar a la que se observa en el salón de Mme. Geoffrin pintado por Lemonier en 1755, cuando escuchaban atentamente la lectura de la obra de Voltaire *L'Orphelin de la Chine*.

“Madame Necker était un ange de vertu au milieu de cette cour de Versailles dont le bruit seulement au reste parvenait jusqu'à elle”¹³. Con esas palabras la describe la Duquesa de Abrantes, pero no todos sus contemporáneos la veían de esa manera. Marmontel y Chastellux, dos de los asiduos a su salón, la consideraban carente de desenvoltura y muy poco natural en sus relaciones con los demás, opinando que todo lo que hacía estaba premeditado de antemano, según constaba en una especie de cuaderno

¹¹ Citado por Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*. Madrid. Ediciones Siruela, 2003, p. 437.

¹² Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 101.

¹³ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 57.

donde tomaba notas constantemente y que ellos pudieron consultar en un descuido de la anfitriona¹⁴. Sin embargo, en sus escritos, Suzanne deja entrever una posición muy clara respecto a la función que debía cumplir la *salonnière* en este tipo de práctica de la sociabilidad mundana, como se ve a continuación:

“El gobierno de una conversación se parece mucho al de un Estado; hay que conseguir que apenas se note la autoridad que la guía. El estadista y la anfitriona no deben entrometerse nunca en las cosas que funcionan solas, pero si deben ir solucionando los problemas y los inconvenientes que surgen en el camino, quitar los obstáculos, reavivar el intercambio de ideas en los momentos de cansancio. Una anfitriona ha de impedir que la conversación se vuelva aburrida, desagradable o peligrosa; y debe, en cambio, abstenerse de cualquier injerencia mientras el impulso inicial sea suficiente y no necesite ser renovado”¹⁵.

Destaca la enorme ascendencia que siempre tuvo sobre su marido, además de un verdadero amor que, en su opinión, podía rayar en lo ridículo. Tampoco omite resaltar la devoción que él sentía por ella, reconociendo su saber estar, su habilidad para las relaciones sociales, su lucidez para captar las dificultades políticas y su sagacidad para sortear los escollos que pudieran interponerse en su camino. Al respecto transcribe una conversación que mantuvo Jacques Necker con el rey vindicando a su esposa a propósito de unas caricaturas aparecidas en las calles de París donde se la ridiculizaba recitándole un tratado de moral durante la cena¹⁶. Y ello, a pesar de que Luis XVI daba crédito al rumor de que su ministro estaba totalmente manipulado por su mujer y no tenía una buena opinión de ella ya que le acusaba de querer hacer de su reino una república *criarde* semejante a la ciudad de Ginebra¹⁷.

Resalta el valor y la importancia que otorgaba a la opinión pública, al considerarla un instrumento poderoso con una fuerza creciente en la sociedad de su tiempo, afirmando que “desde que la opinión pública se ha convertido en reina del mundo, hay que fijarse mucho más en todas sus palabras: éstas se vuelven acciones e incluso ocupan el lugar y la fuerza de las leyes”¹⁸. De ahí que siempre se mostrara prudente y contenida en sus comentarios e incómoda ante las opiniones de carácter político por las posibles

¹⁴ Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*. Madrid. Ediciones Siruela, 2003, p. 437.

¹⁵ Suzanne Necker, *Mélanges extraits des manuscrits de Madame Necker*. Vol. II pp. 1-2. Citado por Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*. Madrid. Ediciones Siruela, 2003, pp. 437-438.

¹⁶ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 68.

¹⁷ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 78.

¹⁸ Suzanne Necker, *Mélanges extraits des manuscrits de Madame Necker*. Vol. II p. 341. Citado por Benedetta Craveri, *La cultura de la conversación*... p. 431.

implicaciones que podían suscitar; razón por la cual la duquesa resalta que “son excellent jugement devait lui donner des lumières sur le malheur qui menaçait son mari”¹⁹.

La autora de la obra que nos ocupa eligió describir el salón de Mme. Necker en el año 1787, seis años después de haberse producido el primer cese de su marido y poco antes de que volviera al cargo. El matrimonio había regresado desde Suiza en 1785 y se había reencontrado con los amigos (y los enemigos) de siempre, que muy pronto volvieron a ser asiduos de su salón. En ella observamos que las conversaciones que tuvieron lugar a lo largo de esos meses giraron sobre literatura, sobre algunos hechos ocurridos en la Corte y anécdotas de personajes que habían dado que hablar, así como del ambiente que se respiraba entre sus contertulios. A cuenta de la iniciativa de la anfitriona de reunir dinero para encargar una estatua que homenajeara a Voltaire, la Duquesa nos da a conocer las no muy buenas relaciones con Mme. de Genlis, quien mostraría su desagrado con el filósofo tachándolo de vanidoso, con la consiguiente réplica por parte de aquella. Mme. Necker, aunque parecía no congeniar mucho con ella, la estimaba intelectualmente y había recomendado a su hija la lectura de sus libros, entre los cuales cita *Adèle et Theodore, ou Lettres sur l'éducation*. A pesar de que casi ninguno de los presentes simpatizaba con Mme. de Genlis, Suzanne cortó de raíz las palabras vertidas sobre ella por su hija “con una expresión de descontento muy marcada”²⁰. No le gustaba que hablara sobre nadie y mucho menos de manera negativa, por lo que se sintió muy molesta con Mme. de Stäel cuando se enteró de que había escrito una parodia sobre la escritora que fue difundida entre sus amistades, con la consiguiente indignación de Mme. de Genlis.

En esas veladas se solía comentar las obras teatrales que se representaban en los teatros de la ciudad, haciéndose una crítica tanto de la trama argumental como de los actores. Del mismo modo, la puesta en común de obras literarias daba mucho de sí, acaparando la mayor parte de las conversaciones, haciendo un repaso (no siempre favorable) a los diferentes autores. Un tarde M. le Harpe – el favorito de Suzanne tras la muerte de Thomas – eligió la lectura de un discurso de Boufflers sobre los Gracos dándole ocasión de realizar una vindicación por la libertad tomándolos como ejemplo de patriotismo, que suscitó una apasionada discusión entre todos los presentes. Otro día la discusión giró sobre el drama intitolado *Les joueurs* del Marqués de Montesquiou, centrado en las desgracias que acarrea la pasión por el juego. También el drama *Henri VIII* fue objeto de polémica, donde se repasaba a las diferentes esposas del monarca inglés, siendo especialmente criticado por Marmontel –que en opinión de la autora era

¹⁹ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 57.

²⁰ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 167.

“lourde, carré et air hommasse” y de rudos modales²¹-, tachándola de ser un contrasentido, una pieza sin interés, ni acción, ni movimiento... dando pie a hablar de la obra de Shakespeare -el *Rey Lear*, *Macbeth*-, de la lectura en lengua inglesa, la traducción etc. Esa posición despectiva también es mostrada por Marmontel ante la obra de Collin d'Harleville *Châteaux en Espagne*. En otra ocasión se aludió a los quebrantos de salud que estaba padeciendo el Marqués de Champcenetz²², a consecuencia de los escritos y libelos difamatorios aparecidos en su contra.

Mme. Necker, tan prudente, prefería escuchar a hablar y cuando lo hacía era para poner de relieve el valor de las virtudes morales, como cuando quiso resaltar la paciencia y contó la anécdota que le ocurrió a un amigo suyo de Ginebra llamado M. Abauzit, y que les contó de forma pormenorizada ante las peticiones de Marmontel, Madame de Blot, M. de la Harpe, Mme. de Barbantane. M. Abauzit era sumamente paciente y nunca había montado en cólera; varios de sus amigos, queriendo ponerle a prueba, instaron a su criada a que lo pusiera en la tesitura de enfadarse con ella buscando su punto flaco, para ver si era capaz de explotar. No solo no lo hizo sino que su comprensión y paciencia dejaron tanto a los amigos como a la criada que se había prestado a ello, en muy mal lugar mediante el triunfo de la virtud por encima de las intrigas. La historia comportaba una moraleja muy del gusto de su narradora.

La impresión que ofrece la Duquesa de Abrantes sobre la familia Necker es muy positiva poniendo de manifiesto “el ingenio de Mme. de Stäel, el espíritu de Mme. Necker y el talento de M. Necker”²³. La simpatía hacia Suzanne es manifiesta; a lo largo del capítulo que le dedica hace un elogio de su personalidad y de sus cualidades morales, mostrando la prudencia, la serenidad y la discreción con que sabía moverse en esos tiempos inciertos, sabiendo que todo lo que su marido hiciera sería mirado con lupa y aprovechado por sus numerosos enemigos. Observa que era perfectamente consciente de que ella no podía convertirse en el eslabón más débil a través del cual se pudiera atacar y hacerse patente la animadversión hacia él; razón por la cual insistía tanto en centrarse exclusivamente en las cuestiones literarias y “pasar de puntillas” por las políticas, mostrándose incómoda ante comentarios impertinentes e incluso cortando con la mirada cualquier desliz que pudiera decir cualquiera menos prudente, incluida su hija.

Y sobre su salón parece que la Duquesa pretende convencernos de que tuvo un carácter puramente literario, restando importancia a la dimensión política que pudo

²¹ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 170.

²² Perteneciente a la Guardia francesa cambió la espada por la pluma convirtiéndose en uno de los escritores más polémico y crítico de la época revolucionaria. Su compromiso político y sus escritos le llevaron primero a la cárcel y después a la guillotina.

²³ Duchesse d'Abrantes: *Histoire des Salons*... p. 169.

llegar a tener y que, indudablemente tuvo si nos fijamos en la personalidad de los contertulios, con el ánimo de correr un tupido velo sobre una cultura que había despertado ciertos recelos pero que ella admiraba. Seguramente lo hizo contagiada por la nostalgia de un tiempo perdido que pretendía recuperar.